El enfermo iluminado

Antonio Villarroel

Capítulo 1

El enfermo iluminado

Preludio o epilogo.

Acto I escena I

Suena música: Danza Húngara número 5, de Johannes Brahms. Entra maestro de ceremonias con mirada psicótica y fino bastón.

M.C.- (Afectada voz de grandilocuencia) Esta pequeña obra performance, es solo un pequeño estudio de la locura, y, de cómo personas como vosotros, oh, pequeños, tímidos, de intereses quisquillosos…

.- ¡Buuu!

(Resulta que hay alguien sentado en un banquito y grita esto con enfado, parece tonto y no hay razón de que esté ahí sonriendo y cavilando, se miran.)

M.C.- No podrían entender. Así como en la poesía… -¿A alguien le gusta la poesía?

.- A mí no.

M.C.- Bueno, en la poesía simbólica, podéis entender estímulos que en realidad vuestro intelecto no comprende…

.- Bla, bla, bla. Cua, cua.

M.C.- También, evoca en su inefable principio, de una misteriosa manera, y por la misma razón, a la religión y la fe.

.-Ay si como no…

M.C.- ¡Bueno te callas o no!

.- No me callaré. ¿Y por qué?

M.C.- (Se saca el zapato y se lo avienta y cae de su silla, el Maestro de ceremonias tiene el pié negro)

.- Está bien me callaré. (Queda tirado en el suelo como pensativo)

M.C.- Evoca en su inefable principio a la religión y a la fe. Todo a través de una enfermedad: el ergotismo. (Se enciende diapositiva, con imágenes que van al tema)

Nombrada también fuego de san Antonio, producto del cornezuelo. Un hongo, cuyas toxinas contaminan los cereales del campo, y sobre todo al centeno, esta enfermedad produce una necrosis despiadada en las extremidades del afectado que ha ingerido dicho alimento, también provoca convulsiones. Y debido a la pululación del ácido lisérgico, claro está, por supuesto que lo sabían (INTENTA NO REÍR) produce fuertes alucinaciones, motivo, de una gran penitencia, claro está, ¡Pero de un gran descubrimiento de nuestro futuro héroe!

.- ¡Jajaja!

M.C.- Retrata esto, una idea. De cómo durante la locura, puede el hombre filosofar cosas muy concretas, pero por caminos aparentemente desviados de la razón.

Siendo esto el subterfugio, la colación de las premisas lumínicas, cuyos caminos, hasta podrían desviarse del lenguaje. Alguien alguna vez ha podido filosofar de la vida y su razón… Cacareando.

¡QUIQUIRIQUIIII! (Sale)

.- (Se pone de pié) ¿Y yo que hago aquí? (Se marcha con el zapato en la mano)

(Suena música análoga)

*
*
*
*
*

El enfermo iluminado

Acto I escena ii

Entra iluminado vestido con andrajos y girones de tela que cuelgan, ribetes que anuncian un antiguo prestigio, un turbante de tela vieja, aunque va descalzo, un pié lo lleva vendado, lleva marcada la frente con una equis de carbón, la espada de madera que lleva en el cinto se dispone a agitarla solo, por un buen rato, dando estocadas al aire, y mandobles a no sé quién. Así, aparece su antagonista, el burlón del inicio, con su espada, y aunque el iluminado no desea batirse en duelo con él, dándole la espalda, se ve convencido, y con su extraño donaire logra acecinarlo con el efectismo del burdo drama. Él mismo lo saca de escena. Entra otra vez, sacando una hogaza de pan.

Iluminado.- Este pan, señoras y señores, tiene la respuesta. ¡Ergo, ergo, ergo, tengo gangrena en el pie izquierdo!

Este pan, señoras y señores, tiene la respuesta. ¡Ergo, ergo, ergo, tengo gangrena en el pie izquierdo!

Este pan, señoras y señores, tiene la respuesta. ¡Ergo, ergo, ergo, tengo gangrena en el pie izquierdo!

Después de decirlo se da la vuelta, como si quisiera irse, lo hace lentamente, cavilando, estoico y feliz, a pesar de su ridícula presencia. Mirando hacia el cielo da la vuelta, como hacen las personas de pensamiento fútil, o aburridas, cuando caminan ensimismadas

Aparece un Renco medio astroso, con su muleta, viendo fijo al público, arqueando una de sus cejas, su expresión es casi permanente, mientras el enfermo iluminado hace una genuflexión de espaldas, alzando los brazos al cielo.

Renco.- ¡Bravo, bravo!

Mejor me siento a escuchar a este señor, seguro tiene cosas muy impresionantes que decir…

Pero la gente que se pasea, hacen muecas de burla, y se mofan de su gran maestría, y solo por su extraño atuendo, estos tontos ufanos que se creen ¡No saben nada! en comparación con este señor que nunca había visto en mi vida.

Y aún sé que como mártir, ha puesto su presencia en esta suerte de triste figura, y su vida en extraña perspectiva, para mostrar tan solo un poco la luz del intenso halo de luz, que emana de su povero turbante. ¡Bravo, bravo!

(Regresa a su punto el iluminado.)

Iluminado.- Cogito ergo sum. Cogito ergo sum… Cogito ergo sum. Lo dijo alguien de carne y hueso. Algo, algo, tengo que ver con eso.

Si, ¡Algo tengo que ver con eso!, ¡Ah, ah, ah, sí!, ¡Sí!… ¡Sí!… ¡Sí! (Dice esto último como si acabara de tener un orgasmo)

Es la verdad, es la verdad. (Dice esto último como si de una tontería se tratara. Renco aplaude, pero el iluminado no le presta atención. Vuelve a dar su vuelta, regresa presto.)

Iluminado.- La vida, en una cascara de nuez, es una cascara de nuez en la vida. Soñé que estaba despierto, luego me desperté y estaba dormido. ¡Si, así es!

Renco.- Increíble, bravo…

(El iluminado hace su circunvalación hasta su punto de partida)

Iluminado.- "Si alguien cree que puede ganar gloria duradera fingiendo y con vana ostentación, con palabras hipócritas y una falsa apariencia, se equivoca del todo", me lo dijo Marco tulio Cicerón el otro día después de almorzar, (Se aclara garganta. Aparece de improvisto un perro de aguas en el escenario vestido de toga)

Iluminado.- ¡Cicerón!, ¿pero qué haces aquí?, te ves diferente, muy humilde te ves, bajo esa nueva forma, la transmutación te sienta bien mi querido jurista, político, filósofo y orador romano (Lo toma en sus brazos) ¿qué tienes para decirme? (Lo acerca a sus oídos) Si, Marco Tulio Cicerón quiere ir al baño. (Frase latina, lo suelta)

Ah, también me gustaría hacer del cuerpo… Y si hacer del cuerpo, solo es hacer del cuerpo, el cuerpo no es polvo, sino materia fecal.

(Renco aplaude lentamente. Gira el iluminado, regresa. Renco toma asiento en el suelo)

Iluminado.- Yo vi una luz que viajaba por los dos hemisferios del mundo, y se deshacía en fútiles encantos, parpadeaba y parpadeaba, risueña agua estrellada… Y al apretar mis ojos: Un, dos, tres, cuatro- Un, dos, tres, cuatro- Un, dos, tres- cuatro- Un, dos, tres, cuatro- Ahí, ahí observo un

ángel volando.

Renco.- ¡Bravo, bravo! (aplaude Renco.)

Iluminado.- (Se apercibe) Gracias. (Se cae de espaldas, sin intervalos, al suelo, pero con ambos pies fijos en él)

Renco.- (Horrorizado) ¿Que ha sucedido?

Iluminado.- No puedo mover las piernas… ¡No puedo mover las piernas! Anquilosis fatal mi señor.

(Renco se marcha)

Iluminado.- No puedo mover las piernas. No puedo mover las piernas, tengo gangrena en el pié izquierdo… ¡Buah!

(Vienen 4 personas, con una mesilla y banquitos, prestos para jugar a las cartas. Instalan la mesa elegantemente, y comienzan a jugar a las cartas mientras el impasible Iluminado yace en el suelo, aparece luego en escena el manco que es de lento caminar. Los jugadores de cartas disputan una partida ladrando, aunque primero gruñen)

Renco.- Eh, ignorantes testarudos. Pensé que estas personas que poseen todos sus miembros te ayudarían pero yo el pobre renco, he de ayudarte, si así lo deseas, a levantarte, con toda la fe del mundo mi señor.

Enfermo iluminado.- Enhorabuena, que no por decir cosas necias he venido, si no de mucha importancia, y bajo disimulo de la toga de Dios, que tienta su cetro bondadoso a quitarme toda la razón, y por los momentos el equilibrio.

(Se pone en pié, y el manco se sienta. Se observa a los jugadores que ya no gruñen, si no, ladran a viva voz)

Iluminado.- El hombre ladra y no lo entiendo, el perro habla y lo comprendo… Jugar a las cartas es un sinsentido, jugar a los dados es un enigma. (Hace la vuelta)

Renco.- Así es, así es, mucha verdad. (Mientras hace la vuelta, se dirige a los jugadores) ¡Pero hombres, escuchen a este valioso disertador!, jugar a las cartas no lo es todo en la vida.

Iluminado.- Tengo gangrena en el pie izquierdo, tengo gangrena en el pié izquierdo, nadie lo sabe más que yo, y mi gangrena, y mi pié, ¿y mi izquierdo?… Pensarlo bien…

(Se mariposea en ese círculo imaginario, hasta posarse en su centro coral. Ha sacado una pieza de pan de su seno)

Iluminado.- Ahora venga el que quiera, el que desee, el que piense y luego exista, y exista para comer de este pan.

Renco.- Yo creo en ti, tengo fe, y comeré de ese pan.

Iluminado.- ¿Aceptas y crees que tengo, con toda tu fe, que tengo gangrena en el pié izquierdo?

Manco.- Así lo creo.

Iluminado.- ¿Sin siquiera verlo, sin siquiera olfatear su pútrido aroma?…

Renco.- No, no lo haré, porque tengo fe.

Iluminado.- Entonces, Ergo, Ergo, Ergo, come…

Renco.- Comeré de este pan, y sabré lo que quieres decir.

(El renco come, y luego cae y le rinde un acto de adoración)

Renco.- Vengan ustedes también, y coman, él tiene gangrena en el pié izquierdo.

(Los cuatro jugadores de cartas, gruñen que "no" en su dialecto.)

Renco.- ¿Por qué no hacen caso?

(Seguido de esto los hombres sacan algunos ornamentos fiesteros: sonajas, pitos, cuernos sopladores, se avientan confeti a la cara de los bolsillos, se ayudan entre todos a colocarse sombrerillos de fiesta, entre risas y gesticulaciones, este momento les pertenece a ellos. De repente suena música, una pareja de los cuatro se levanta, y bailan al ritmo de la música, luego de bailar un rato elegantemente y con hermoso talante finalizan su danza maestra.)

Renco.- No puedo creerlo. Mientras tú fabricas la ciencia, afinando tus cuerdas para expresar axiomas peligrosos, antagonizas la realidad y sufres, sufres bajo tu revelación, las tragedias del hombre carnal, los hombres ríen, juegan a las cartas, hacen fiesta, y para colmo bailan.

Iluminado.- Descuida ciego fiel, ya verás como por fuerza del acicalamiento social les hago ver…

(El iluminado se acerca a la mesa, y comienza a toquetear, a hurgar en las cabezas de los jugadores, les quita los sombreros uno a uno, revisa,

mientras ellos algo risueños se extrañan en sí mismos, cada cual siente que está despertando, hasta que uno pregunta)

2.- ¿Que nos estás haciendo?

Iluminado.- ¿No lo ven?, soy un mono, como ustedes…

3.- Deja ya de escarbar en nuestros cabellos, no tenemos alimañas, solo buenos y alegres pensamientos.

4.- Espera, me parece ahora, y no sé por qué, que es necesario que le prestemos una debida atención a este hombre. Y ver que quiere.

3.- ¿Eso te parece?… pues me parece bien. Y tú, ¿ya no revisaste los tuyos a ver si no tienes una viga, mientras buscas paja en los nuestros?

Iluminado.- Si, más allá de mis cabellos, más allá, del duro hueso de mi cráneo, más allá de mi masa cerebral, más allá de mis pensamientos y la posibilidad de atraparlos.

5.- Nosotros no podemos entenderte, estás loco.

Iluminado.- O quizá, yo no puedo entenderlos por cuerdos, pero trato de hacerlo.

(Los jugadores se miran a los rostros atónitos)

5.- ¿Y qué deseas buen señor?

Iluminado.- Bueno, quizá ustedes sean los locos, y yo el cuerdo, así que intenten entenderme. Quienes quieran saber vengan con migo.

(El iluminado vuelve a su punto, los jugadores se disputan un poco si hacerlo o no, y todos se sientan en corro a su alrededor)

Iluminado.- pónganse de pié. He visto como bailan, así que, locos y no locos, bailemos al son de una misma canción.

Renco.- Pero yo no puedo bailar, mi cojera y mi muleta no me lo permiten.

Iluminado.- ¡Ah hombre de poca fe!, solo debes creer en ti mismo y lograrás comprender que tu cojera solo es cojera mental, y solo te avocas a ella como una muletilla de la vida.

(Se arman las parejas, y todos danzan con sus parejas dando vueltas, el renco engorrosamente se intenta poner en movimiento con la rítmica anquilosis de su única pierna. Más pronto que tarde suelta su muleta y

alegre se percata que ya no la necesitará nunca más. Se corta la música)

Renco.- Vaya, nunca habría pesado que recuperaría mi movilidad bailando.

Iluminado.- Solo tenías que bailar.

Renco.- quien lo diría.

5.- Quien lo diría.

Renco.- Si… (Seguido ataca a quien acaba de hablar, lo golpea ofuscado, tendidos en el suelo y desaparecen, es decir, salen. Lo que sucede es otra rara reflexión, quien se pelea con él le faltaba un brazo, y le había crecido durante la danza)

Iluminado.- Ahora, señores, podéis asumir que no sin burda conciencia, tanteais el hecho de que nunca han comprendido nada, y saltando del precipicio de la disparidad, complementarán vuestro sentido vital.

4.- ¿Qué quieres decir?

Renco.- (Aparece manco, otra vez sin pierna y la otra persona sin brazo.) Yo le comprendo bien. Porque ya he comido.

5.- Yo lo comeré, enhorabuena. Que en hora mala no podré. (Come, pero no parece muy afectado)

4.- ¡Y yo también comeré! (Come) Siento los letárgicos bostezos de la tontedad dormirse, para pronto morir y nunca más despertar. Existe algo que puedo saber, pero no puedo demostrarlo, tengo miedo de decirlo. Pero para fundamentar lo que pienso, ergo, he de desnudarme por completo. (Se desnuda, se marcha. Hace creer que se quedará en pelotas, pero obviamente solo en ropa interior)

Iluminado.- Ya lo dijo Zaratustra «¡Qué buenas cosas me ha regalado este día para compensarme de haber comenzado mal! ¡Qué extraños interlocutores he encontrado!

Renco- ¿Y ustedes no comerán del pan del conocimiento de lo bueno y lo malo?

3.- Yo me rehúso.

2.- Yo casi no he hablado, pero como soy de buen apetito, dame de ese pan, que tengo hambre.

Iluminado.- Los temperamentos flemáticos atienden a los más felices. (Le da del pan) Ergo, ¿no comerás tú?

3.- No, ese pan está envenado.

Iluminado.- (En este momento, parece muy afectado y burdamente dramático) Señoras, señores… Yo descubrí el secreto fundamental, yo pelee como Jacob, para ver debajo de las faldas de un ángel, nadé bajo el agua profunda y oscura durante días y no me ahogué. Si revelo mis secretos se me quitará el habla, si los escribo perderé todo entendimiento y moriré. ¿Cómo traduzco lo inefable? ¿Mediante actos desatinados?, lo que tu consideras locura, es el fugitivismo de la razón.

3.- Mi razón no es fugitiva de nada, la locura sí. Pero la sinrazón posee disfraces muy elegantes de los cuales es difícil no aceptar pedirlos prestados. Al menos, por un rato. (Come pan)

Iluminado.- Ahora todos están iluminados. Tengo gangrena en el pié izquierdo, ¿lo aceptan y lo asumen?

Todos.- Tienes gangrena en el pié izquierdo.

Iluminado.- Tengo gangrena en el pié izquierdo.

Todos.- Tienes gangrena en el pié izquierdo.

Iluminado.- ¡Todos!

Todos.- ¡Tengo gangrena en el pié izquierdo!

Iluminado.- Ahora pueden ver sus pies. (Con algo de sobresalto se quitan los zapatos, y todos tienen el izquierdo de un color negruzco. Luego el iluminado muestra síntomas de vértigo y cae de largo al suelo convulsionando. Se despierta.) ¿Que sucedió?

Todos.- No lo sabemos…

(Aparece gritando con su espada un ángel, que es el antagonista del inicio, que persigue al Iluminado. Se advierte él de eso, y se apresura a correr. Lo persigue)

Ángel.- ¡Esto es por ver debajo de mis faldas! ¡Maldita sabiduría la tuya! Mortal sin escrúpulos. Curioso miserable.

(Todo esto mientras corren. Salen. Todos hacen gestos flemáticos, desinteresados y salen también)

FIN